

LA CRISIS

DE LA FE

EN LA ADOLESCENCIA

- 1.- Introducción – La adolescencia.
- 2.- Estilos educativos y la comunicación con los adolescentes.
- 3.- La crisis de la fe en la adolescencia.
- 4.- Artículos para comentar y debatir.
- 5.- Algunas cuestiones para ayudar en la reflexión.

**PASTORAL DE ADULTOS
COMUNIDAD DESVELADOS**

ABRIL - 2011

1.- Introducción - La adolescencia

La adolescencia plantea uno de los desafíos más difíciles para las familias. Es un período crítico para los hijos y también para los padres que pueden sentirse frustrados y enfadados porque el adolescente no responde ante su autoridad. Comprueban que los métodos educativos que les funcionaron bien durante años ya no les funcionan. Además, no entienden los comportamientos de sus hijos que les desconciertan y, en ocasiones, llegan a asustarles.

En torno a los 12 años, los chicos y chicas dan el salto de la Educación Primaria a la Secundaria (ESO), un paso decisivo en su trayectoria escolar. Pero sólo uno más de los muchos cambios y adaptaciones que tendrán que afrontar en esta etapa de la vida que ahora comienzan. Ante estos retos podrán sentirse solos y confusos. A menudo pensarán que nadie les entiende, y sus padres menos aún. Están comenzando la adolescencia.

La familia ha sido durante las etapas anteriores a la adolescencia el agente más importante de socialización, y el contexto para ahora dejar este papel preponderante a la escuela, los amigos/as y los medios de comunicación. Pero, a pesar de ello, la investigación indica que la influencia de los padres en la adolescencia es todavía grande, manteniéndose de forma importante en los valores, las actitudes y creencias de los hijos.

- Para encontrar su lugar en esta nueva etapa del desarrollo de sus hijos, los padres tendrán que revisar los postulados que venían manteniendo en materia de educación. Durante doce años han llevado a cabo una complicada tarea de educación y socialización. Han impulsado un proceso cuyo fin ha sido prepararles para la vida, hacer de ellos personas responsables e independientes. Para lograrlo, han tratado de inculcarles sus valores, creencias y normas de comportamiento. Con aciertos y errores, la disciplina familiar había funcionado razonablemente y la relación con los hijos era satisfactoria. Pero, a partir de ahora se encontrarán con un adolescente que se mostrará cada vez más autosuficiente, distante y celoso de una libertad recién descubierta.

- Los padres sienten que se les acaba una etapa en la que, con toda seguridad, han sido muy felices en su papel de educadores. Les resulta muy difícil asumir que su hijo o hija dejen de ser "su niño" o "su niña", especialmente si son hijos únicos o los más pequeños. Los padres no están acostumbrados a este nuevo estatus. Para ellos su hijo es el niño por el que tomaban decisiones cada día y al que no le importaba que decidieran por él. Por eso necesitan hacer una profunda adaptación que, en la mayoría de las familias, es la causa de peleas y conflictos entre padres e hijos adolescentes.

- Por otro lado, con la llegada de la adolescencia se va produciendo un alejamiento progresivo entre padres e hijos. Una distancia física y psicológica pero también social. Unos y otros pertenecen a momentos históricos distintos. Para demostrar su experiencia, los padres suelen argumentar que ellos también fueron adolescentes, y llevan parte de razón. Sin embargo, la época en la que ellos vivieron su adolescencia tiene muy poco que ver con la actual. Hay muchas más opciones y los cambios son muy rápidos. Y lo más importante: no deben vivir la adolescencia como un problema, ya que se trata de una etapa que permitirá a los niños llegar a ser adultos responsables. Es aconsejable que se afronte como un reto educativo y una oportunidad única para fortalecer el desarrollo de los hijos.

Comienza la adolescencia: la edad de los grandes cambios

El período evolutivo de 12 a 14 años

- El período evolutivo de 12 a 14 años se corresponde prácticamente con lo que se denomina "adolescencia temprana", "adolescencia inicial" o "pubertad". Es muy importante comenzar con esta precisión porque, como veremos a continuación, la adolescencia es un período muy dilatado. Aunque tanto las edades de inicio como de finalización son muy imprecisas, en los últimos tiempos tiende a prolongarse: se adelanta porque la pubertad es más precoz y se atrasa porque cada vez los procesos formativos son más largos y los jóvenes tardan más en emanciparse de sus padres. También hay que tener en cuenta que, en general, el desarrollo suele ser anterior en las chicas que en los chicos.

- La adolescencia es el tránsito entre la infancia y la edad adulta. Este fenómeno comienza con un cambio biológico muy importante denominado *pubertad* que supone la maduración sexual y

reproductora. Como podremos comprobar a continuación, la adolescencia temprana o pubertad afectará a la mayoría de las chicas y a algunos chicos del primer ciclo de la ESO.

- La evolución de la adolescencia suele clasificarse en tres fases, agrupadas por tramos de edad cuyos límites oscilan ligeramente según los diferentes autores. Una propuesta basada en edades aproximadas con sus respectivas características se recoge en el siguiente cuadro.

Entre los 11-13 años en chicas y 13-15 en chicos.

- Aún identidad infantil, pero cuestiona a los padres.
- Búsqueda de la independencia de los padres.
- Nuevas identificaciones en otros adultos.
- Búsqueda de amistades del mismo sexo.

Entre los 13-16 años en chicas y 15-18 en chicos

- Tiempo de decisiones y de inseguridades, de revisar opiniones y creencias.
- Búsqueda de amistades de ambos sexos.
- Búsqueda de relaciones sexuales superficiales.
- Intereses vocacionales.

Entre los 16- 21 años en chicas y 18-21 en chicos

- Identidad adulta.
- Independencia emocional.
- Aceptación más realista de los padres.
- Búsqueda de relaciones sexuales íntimas.
- Establecimiento de una identidad adaptada a las normas sociales.

• Estas fases no son idénticas para todos los adolescentes, ni todos los adolescentes son iguales, ya que cada cual hace su propio proceso personal. Es cierto que hay adolescentes que viven problemas graves (violencia, drogas, abortos...), pero afortunadamente son una minoría. La mayoría realiza la travesía de la adolescencia sin especiales dificultades. Se trata, eso sí, de un período crítico de la vida que está lleno de *cambios* y adaptarse a estos no es fácil porque exigen muchos esfuerzos que a menudo acarrearán dificultades y conflictos.

¿Cuáles son los principales cambios de los adolescentes que pueden afectar más directamente a las relaciones familiares?

1. En primer lugar, la maduración física y sexual que representa la *pubertad*. Es una transformación referida principalmente al plano biológico. En las chicas ocurre alrededor de los 11 años con la primera menstruación y en los chicos en torno a los 13 con la primera emisión de esperma. A partir de ahí, el cuerpo infantil sufre una serie de cambios profundos y rápidos en un tiempo no superior a dos años en estatura, peso, cambios faciales, vello, voz, genitales... Todos estos cambios afectan también a la vida psíquica del púber. Ante todo, le incitan a abandonar la infancia y salir del pasado. Así, aunque mantiene una identidad infantil, comienza a cuestionar a sus padres y a bajarles del pedestal en el que les tenía colocados. Es también característico el desconcierto y el rechazo que pueden sentir hacia su propia imagen. Pero, sobre todo, son propios de este período los cambios hormonales que afectan a su estado de ánimo (provocando altibajos emocionales, irritabilidad, estados depresivos...) y su deseo y actividad sexual. Por esto, tienen tanta necesidad de reconocer sus emociones sobre las cosas que les asustan y les inquietan y poder expresarlas con la seguridad de que siempre encontrarán una mano tendida.

2. La capacidad intelectual sufre un avance muy importante entre los 12 y los 15 años: aparece el pensamiento operativo formal, esto es, empiezan a pensar de un modo más abstracto y racional, lo que les permite, entre otras muchas cosas, comprender y valorar las normas familiares de una forma diferente. Esto les convierte en ocasiones en personas más críticas y con argumentos más sólidos y convincentes a los que los padres no están acostumbrados.

3. La búsqueda y exploración de su propia identidad personal es el proceso más característico de la adolescencia. Necesitan averiguar quiénes son y qué quieren hacer en la vida. Para lograr ser ellos

mismos, tratan de vivir nuevas sensaciones y experiencias, pero en esta aventura pueden encontrar dificultades para calcular los riesgos que conllevan muchos de sus comportamientos. Esto explica la necesidad de ponerles normas y límites (de regreso a casa, de asistencia a determinados lugares, de salir con ciertas personas...) que, por supuesto, los adolescentes siempre encuentran excesivos.

4. Los amigos son cada vez más importantes en su vida y pasan mucho tiempo con ellos/as. Sienten la necesidad de ser aceptados y de pertenecer a un grupo de personas de la misma edad. Tienen tendencia a relacionarse en grupos amplios, donde todos no son necesariamente amigos, sino grupos para "salir juntos". Pero también tienen necesidad de amistades, apoyo mutuo, poder comunicarse y compartir información. Tienen a relacionarse con un amigo/a íntimo y a entablar coqueteos y citas. Las relaciones con el grupo de iguales constituyen uno de los principales focos de conflicto entre padres e hijos adolescentes. Estas relaciones están muy ligadas al tiempo de ocio y a los ambientes recreativos y marcadas por las tres grandes preocupaciones familiares en esta etapa: las drogas, la violencia y las prácticas sexuales.

5. Las diferencias generacionales con sus padres pueden producir discrepancias, es preciso entender que tienen dos formas distintas de ver el mundo porque las etapas de la vida en las que se encuentran son también distintas. Los adolescentes tienden a aplicar la lógica y a combatir las contradicciones que ven en la familia y en la sociedad, a contemplar todas las posibilidades, al idealismo... Podría decirse que el adolescente tiene abiertas las puertas de par en par ante el futuro. Sin embargo, el adulto se aferra más a los proyectos y compromisos de su vida familiar y laboral, tratando de asumir las contradicciones y conflictos que le generan desde una visión más pragmática de la realidad. De la confrontación de esas dos visiones de la vida surgen muchos choques y desacuerdos. Por eso es importante el conocimiento mutuo y el diálogo entre padres e hijos adolescentes. No se debe entender como un choque inevitable del que deben salir vencedores y perdedores. Es necesario asumir las diferencias y tratar de buscar puntos de encuentro complementarios entre padres e hijos.

RECOMENDACIONES

- Por encima de cualquier otra consideración, intente mantener abierta la vía del diálogo con sus hijos. Demuéstreles disponibilidad, apoyo y confianza. Necesitan su comprensión y su cariño, aunque no les guste que sus padres se lo demuestren abiertamente (delante de amigos, compañeros de clase...).
- Tenga en cuenta que los chicos en esta etapa sienten la necesidad de diferenciarse, sobre todo de sus padres. No debe vivirlo como un rechazo personal; piense que es parte de su proceso evolutivo y que, a pesar de estas manifestaciones, la familia sigue siendo lo más importante para ellos.
- Una característica fundamental de la adolescencia es el desarrollo de la propia identidad. Por eso es normal que los adolescentes vayan creando sus propios gustos y opiniones. Muchos conflictos familiares tienen que ver con aspectos tan sencillos como la ropa, su apariencia física o la forma de decorar su habitación. Sea flexible en cuestiones que no son fundamentales para su desarrollo, aunque no las comprenda ni le gusten.
- Sin embargo, existen otros temas más relevantes (personas con las que sale, horarios de llegada a casa, estudios, etc.) que deben ser sometidos a normas y límites claros.
- Trate de conocer a sus amigos, por ejemplo, trayéndoles o llevándoles en coche al lugar de sus actividades (escolares, deportivas, cine, fiestas...)
- También es conveniente que conozca a los padres de sus amigos y se ponga en contacto con ellos para hablar sobre la educación de sus hijos y, si es posible, establecer pautas comunes.
- _ En cualquier caso, no se angustie. Sus hijos están viviendo tantos cambios que, incluso los padres más preparados, atentos y comprensivos difícilmente pueden seguirles en este proceso.

2.- ESTILOS EDUCATIVOS

Se llama "estilo educativo" al conjunto de actuaciones o pautas de conducta que expresan los padres en la relación con sus hijos para educarlos y lograr lo que, a su criterio y en el marco de la sociedad en la que vivimos, supone una socialización adecuada. Los padres con hijos en Educación Secundaria ya han tenido ocasión de poner en práctica estos estilos y comprobar muchas de sus consecuencias. Comprender cuál es el estilo de cada familia (muchas veces son combinaciones de varios estilos) y qué efectos provoca sobre sus hijos puede resultar de gran utilidad para mantener los aciertos o corregir los errores que se estén cometiendo.

Estilos educativos y errores más frecuentes en su aplicación

Existen diferentes clasificaciones y denominaciones de los estilos educativos realizadas por los distintos investigadores que han abordado este tema. Según estos estudios, los padres y madres al educar a sus hijos difieren unos de otros en cuatro dimensiones fundamentales: grado de control, comunicación, exigencia y afecto. Incluso, estas dimensiones se han reducido a dos generales que utilizaremos a continuación para comprender mejor los estilos educativos:

- **Apoyo:** Entendido como la conducta de calidez manifestada por los padres hacia sus hijos confirmándoles que son aceptados y respetados. Está directamente relacionado con las variables afecto y comunicación.
- **Control:** Se refiere a la influencia y al nivel de exigencia que los padres ejercen sobre los hijos. Dicho de otro modo, cómo son de restrictivos los padres. A continuación, veremos las conductas de los padres que caracterizan cada uno de estos estilos, las consecuencias que tienen en los hijos y los principales errores que conllevan cuando se alcanza la etapa de la adolescencia. Como se puede comprobar, los estilos "autoritario" y "permissivo" acumulan el mayor número de errores; el estilo "negligente" se caracteriza más por la inhibición educativa y el estilo "democrático" es el que manifiesta una práctica más acertada porque hace coincidir el apoyo con las exigencias, la supervisión y la disciplina.

ESTILO EDUCATIVO AUTORITARIO

FAVORECE LAS NECESIDADES DE CONTROL, PERO NO DE APOYO

Conductas de los padres

- Deciden lo que tienen que hacer los hijos.
- Ordenan sin explicar las razones y no practican el diálogo.
- Amenazan con el castigo.
- Critican los aspectos negativos sin tener en cuenta los positivos.

Consecuencias en los hijos

- Baja autonomía y autoestima.
- Temerosos, pasivos, sumisos y dependientes.
- En la adolescencia, más rebeldes.
- No favorece la adquisición de habilidades sociales.

Errores más frecuentes:

- **No negociar:** Puede creerse que no negociar supone firmeza y fortaleza, pero sólo implica autoritarismo y, por tanto, incomunicación.
- **No escuchar:** Muchos padres se quejan de que sus hijos adolescentes no escuchan, pero no se preguntan si ellos escuchan a sus hijos.
- **No aclarar las normas ni las consecuencias:** Las normas, así como las consecuencias de no cumplirlas deben ser claras. Si no es así, los adolescentes no podrán asumir la responsabilidad de sus decisiones.
- **Gritar y perder los estribos:** Aunque en ocasiones es muy difícil controlarse, es necesario intentarlo pues no hacerlo provoca serias consecuencias con los hijos adolescentes: pueden vivirlo como un abuso de fuerza y una humillación, deteriora las relaciones afectivas y conlleva riesgo de enfrentamientos y agresión.

• **Tratar una norma con la rigidez de un límite:** Un ejemplo lo constituye el establecimiento de la hora de llegada a casa, debe existir una hora clara y cumplirse, pero esta hora puede ser negociada y revisada según los hijos se vayan haciendo mayores.

ESTILO EDUCATIVO PERMISIVO

FAVORECE NECESIDADES DE APOYO PERO NO DE CONTROL

Conductas de los padres

- Sensibles, interesados, preocupados por los hijos.
- Facilitan autonomía.
- Tolerantes y con pocas normas y restricciones hacia los hijos.
- Limitan las responsabilidades.
- Evitan regular la conducta de los hijos.

Consecuencias en los hijos

- Disciplina y responsabilidad bajas.
- Conformistas e impulsivos.
- Falta de constancia.
- Poca confianza en sí mismos.
- Poca capacidad de afrontar dificultades.

Errores más frecuentes:

- **Ceder después de decir no:** Es uno de los errores más frecuentes. Hay que vigilar y tener cuidado antes de decir "no" pues, en principio, es innegociable.
- **Evitar las consecuencias negativas de las acciones:** Si no aprenden por su experiencia y de sus propios errores no podrán asumir la responsabilidad de sus acciones.
- **Disciplina inconsistente:** Como consecuencia de que ni las normas ni las consecuencias se cumplen, los hijos piensan que pueden hacer lo que quieran. Esto hace que los padres reaccionen de modo autoritario. Para evitar un error cometen otro.
- **Incoherencia entre los propios padres:** Uno de los padres se muestra permisivo y otro autoritario. Cada uno tiende a radicalizar su conducta para compensar los "errores" del otro.

ESTILO EDUCATIVO NEGLIGENTE

NO FAVORECE NECESIDADES DE APOYO NI DE CONTROL

Conductas de los padres

- Baja exigencia.
- Normas arbitrarias y vulnerables.
- Dejación de funciones.
- Delegación de la responsabilidad parental.
- Limitan el tiempo que invierten en tareas parentales.
- Impulsividad.

Consecuencias en los hijos

- Escaso autocontrol.
- Escasa responsabilidad.
- Dificultades en el rendimiento escolar.
- Problemas emocionales.

Errores más frecuentes:

- **Lo que se hace contradice lo que se dice:** Es decir, las conductas concretas son incongruentes con las instrucciones verbales porque no existe un "modelado" por parte de los padres.
- **Se improvisa cualquier norma:** Las normas son arbitrarias y vulnerables por lo que no existen referencias claras para los hijos. La falta de seguimiento constante impide el asentamiento de las normas.
- **Presionar cuando está alterado y a punto de estallar:** Las cuestiones importantes han de tratarse en los momentos y circunstancias adecuados y no puede asociarse a un momento de tensión. Un buen consejo en un mal momento puede ser interpretado como una provocación.

ESTILO DEMOCRATICO

FAVORECE NECESIDADES DE APOYO Y DE CONTROL

Conductas de los padres

- Cuidados, afectos y atención.
- Diálogo y comunicación con sus hijos.
- Exigencias, control y sanciones razonables.
- Marcan bien los límites y normas y explican las razones.
- Anteponen la negociación, pero dejando claros los roles de padres e hijos.

Consecuencias en los hijos

- Confianza en sí mismos y autoestima.
- Control personal.
- Capacidad de tomar decisiones.
- Capacidad de relación y cooperación con los demás.
- Adaptación familiar y escolar.

Normas y límites

Como se apuntaba anteriormente, los padres democráticos muestran su afecto, alientan la progresiva autonomía de sus hijos y tienen una comunicación abierta con ellos. Así, tanto en la implantación como en el cumplimiento de las normas, deben explicar a los hijos los motivos que las justifican, así como las consecuencias de no cumplirlas. De igual modo, procurarán establecerlas mediante el diálogo. Ahora bien, si no hay acuerdo, los padres no pueden renunciar en última instancia a asumir el ejercicio responsable de su autoridad imponiendo las normas y límites que consideran adecuados y fijando sanciones que sean proporcionadas y razonables. No obstante, es preciso insistir que en esta etapa es muy aconsejable, siempre que sea posible, el uso de los pactos y las negociaciones. Sobre todo, ante un conjunto de normas de convivencia que pueden derivar en auténticos problemas si no se canalizan adecuadamente (horarios, tareas domésticas, distribución del tiempo libre...). Si se obtienen acuerdos, se conseguirá no sólo reducir la tensión familiar, sino que se facilitará el autocontrol y la asunción de responsabilidades de los hijos.

Normas

- Las **normas** son criterios y pautas que indican a los hijos qué, cuándo y cómo debe realizar una acción, tarea o compromiso.
- Características:
 - Serán pocas, claras y sencillas.
 - Formuladas en positivo.
 - Razonadas y razonables.
 - Firmes pero flexibles.
 - Coherentes y adecuadas al momento evolutivo.
 - Estables.
 - Con consecuencias proporcionadas que se cumplen siempre.

Límites

- Los **límites** son prohibiciones o el punto final de los máximos tolerables en el mantenimiento de las normas. Se justifican para cubrir las necesidades de los niños.
- Características:
 - Constituyen un marco de seguridad (peligro para él o para otros, higiene, alimentación, sueño, estudios...).
 - Ayudan a potenciar el autocontrol.
 - Fomentan la responsabilidad.
 - Aumentan la tolerancia a la frustración.
 - Sitúan en la realidad.

Recomendaciones:

- Manifieste afecto, comprensión y aprobación a sus hijos en el día a día, aunque no les sienta tan receptivos como antes.
- Muéstrase orgulloso cuando cumplen con sus compromisos y obligaciones. Eso hará que se sientan valiosos y sigan con ese comportamiento. Sólo criticar sus fracasos provocará que se sientan inútiles y no aprenderán nada positivo de ello.
- A la hora de poner normas, implíqueles en su definición para que sean conscientes de la responsabilidad que conllevan y utilice un tono afectuoso y cercano.
- Cuando incumplan las normas, no vacile en aplicar las sanciones correspondientes. Ellos deben conocerlas con antelación y serán proporcionadas y coherentes.
- Cuando surja cualquier dificultad, pregúnteles lo que piensan para solucionarla y, si es posible, llegue a un acuerdo que les comprometa.
- Si no razona y responde con malos modos, no acepte seguir hablando y busque otro momento más adecuado. Si ha habido falta de respeto, exija una disculpa.
- Felicítele cuando sí es capaz de llegar a un acuerdo y cumplirlo.

Los tres obstáculos de la comunicación con los hijos

Obstáculo 1: Apresurarse a ofrecer una solución. A veces los padres, con la mejor voluntad, tratan de ofrecerles una solución muy simple y sin consistencia. Creen que con ello les contentarán y se quedarán tranquilos. Es el caso de María, una chica de 14 años, que acaba de tener una fuerte discusión con Ana, su mejor amiga. Siente la necesidad de sacar sus sentimientos y su temor de ruptura con ella. Su madre trata de zanjar el tema sencillamente: "No te preocupes, si no volvéis a quedar es su problema, hay muchas más chicas con las que puedes salir". La conclusión es que María se siente incomprendida.

Obstáculo 2: Crítica constructiva precipitada. Con afán de ayudarles, los padres les hacen una crítica constructiva de forma precipitada ante un problema en el que están en juego sus sentimientos. Rodrigo de 13 años ha cambiado de colegio y tiene problemas con sus nuevos compañeros de clase, no acaba de sentirse integrado. Su padre le hace una crítica para ofrecerle una interpretación de su situación sin haber escuchado sus vivencias: "Deberías ser más humilde, cuando uno llega a un sitio nuevo debe acomodarse a lo que encuentra". Rodrigo siente que su padre no se ha molestado en conocer su punto de vista y sus opiniones.

Obstáculo 3. Restar importancia a las emociones. Muchas veces, los padres creen ayudar a sus hijos buscando alternativas sin saber que ellos ya las conocen y lo que necesitan simplemente es que alguien le escuche y dé importancia a sus emociones. Cuando Raquel de 12 años llegó con un suspenso en matemáticas a pesar de las horas que le había dedicado y de lo que le gustaba el tema, no precisaba una respuesta tan obvia como le dio su madre: "No te preocupes tanto, puedes recuperar". Realmente necesitaba que alguien comprendiera su desilusión y su abatimiento. En resumen, estos padres seguramente comprendían muy bien a sus hijos cuando eran niños, pero posiblemente no saben desempeñar su papel con un chico o chica que está entrando en la adolescencia. Mantener abiertas las vías de comunicación en esta etapa exigirá nuevas habilidades parentales.

Cómo mejorar la comunicación entre padres e hijos

Se exponen a continuación una serie de pautas de carácter general que pueden ser de utilidad para mejorar la comunicación con los hijos adolescentes que necesitan sentir que sus padres les prestan atención y desean verdaderamente escucharlos.

1.- Tender puentes.- A menudo los padres se lamentan de que sus hijos preadolescentes ya no les cuentan las cosas espontáneamente, como ocurría hasta hace poco tiempo. A su vez, sus hijos se quejarán de que nadie les comprende, menos aún sus padres. Una forma de conseguir mantener viva esa comunicación es tomar la iniciativa y dar el primer paso. Ofrecerles alguna información sobre uno

mismo, hacerles partícipes de las cosas cotidianas que ocurren en casa, aprovechar una noticia de la televisión... Lograr una buena comunicación no será siempre fácil, los padres pueden sentirse frustrados algunas veces por la falta de respuesta, pero deben intentarlo, cuantas más conversaciones inicien más probabilidades tendrán de lograr una buena comunicación con ellos.

2.- Saber decir las cosas.- "¡Eres un desastre!". "No se puede contar contigo, siempre nos fallas". "Como sigas así, serás un desgraciado toda tu vida". Muchas veces parece imposible hablar en casa sin utilizar acusaciones y críticas a los demás. Esto pasa en muchas familias. Las personas tenemos dificultades para comunicar nuestros pensamientos, emociones y sentimientos sin ofender o amenazar a otros. Saber decir "no", reaccionar ante una crítica o expresar los propios sentimientos es importante, pero además hay que hacerlo de una manera adecuada sin ofender ni amenazar a los demás. Si los padres no lo hacen correctamente será difícil que consigan su objetivo de producir un cambio en sus hijos adolescentes y además conseguirán deteriorar las relaciones con ellos. Para que la forma de manifestar sus disgustos o hacer sus críticas sea eficaz y consigan los efectos deseados, hay que tener en cuenta los siguientes aspectos:

- Describir la situación en que se produce la conducta que le disgusta. "No me gusta que me respondas con ese tono cada vez que te pregunto algo o trato de interesarme por ti".
- Describir la conducta que le desagrada. "Me gritas, te das la vuelta y no permites que podamos hablar con tranquilidad".
- Expresar como se siente. "Me siento humillada y despreciada, como si fuera tu enemiga, cuando sólo deseo hablar contigo".
- Pedir cambios concretos de esa conducta. "Me gustaría que me miraras a la cara y prestaras atención a lo que te digo".
- Reconocer y valorar los cambios, por pequeños que sean. "Ayer, cuando me contaste lo bien que te había salido el examen me quitaste un peso de encima, ya le vas cogiendo el pulso a la ESO".

3.- Saber escuchar.- Tan importante como expresar adecuadamente lo que se piensa y siente es saber escuchar, lo que se llama "escucha activa". Cuando se dirigen a ellos, los padres tienen que demostrar a sus hijos que les están prestando atención y que les interesa lo que les están diciendo. Esto puede hacerse con manifestaciones corporales y con gestos más que con lo que decimos, aunque a veces son útiles algunas expresiones cortas. Algunas pautas a seguir serían:

- Centrarse en el tema del que están hablando.
- Evitar interrumpir al hijo y dejarle que termine de expresar sus ideas.
- Observarle para saber el momento en que quiere que intervenga usted.
- Mantener el contacto visual (mirarle de frente a los ojos) y adoptar una postura correcta.
- Enviarle mensajes con gestos o palabras para demostrarle que le está escuchando y le interesa lo que dice.
- Preguntar cosas que no ha entendido o que no ve muy claras.

4.- Mostrar el desacuerdo sin perder el respeto.- Es frecuente, según vaya avanzando la adolescencia, que los padres se sientan cuestionados y ofendidos cuando sus opiniones son constantemente retadas. Es comprensible y humano, sobre todo si los hijos, que les conocen muy bien, se dedican a "hurgar" en sus valores morales, políticos o religiosos que para ellos son muy importantes. Incluso, los padres pueden llegar a tomar el desacuerdo de sus hijos como algo personal y derivar en un enfrentamiento. ¿Qué pueden hacer los padres para rebajar esta tensión sin renunciar a sus planteamientos? Pues, aunque parezca muy simple, la fórmula es "mostrar su desacuerdo sin perder el respeto":

- En primer lugar, usar un lenguaje y comportamiento respetuosos en sus discusiones: no usar el sarcasmo, gritar o interrumpir a sus hijos. La comunicación no-verbal refuerza el lenguaje respetuoso y demuestra que quieren decir lo que dicen y no otra cosa.
- En segundo lugar, haciendo críticas constructivas:
 - *No hacer de ello una cuestión personal.* Si está disgustado, intenten recordar que está furioso con la idea o concepto que su hijo/a está defendiendo, no con él o ella como personas. Es muy distinto decir "estoy harto de ese planteamiento" que "estoy harto de ti".
 - *Evitar despreciar o descalificar las ideas y creencias de sus hijos.* En vez de decir "eso es una idea estúpida" o "eso no tiene ningún sentido", trate de decir "no estoy de acuerdo, y no lo estoy porque..."
 - *Usar mensajes "yo" para comunicar como se siente, lo que piensa y lo que quiere.* Usando afirmaciones desde el "yo" suena más a argumento. Por ejemplo, diciéndole al hijo/a: "tú siempre me exiges...", es muy diferente al tono de "yo me siento presionado porque..."

– *Escuchar desde el punto de vista del otro.* Si comienza diciendo: “Yo comprendo que preparar el examen un sábado es duro, pero...”, ellos estarán menos a la defensiva que si lo hace como una orden.

5.- Facilitar la expresión de las emociones y sentimientos.– Cuando hablen con sus hijos deben tener en cuenta su situación anímica. Hacer frente a tantos cambios (desde los hormonales a los psicológicos y sociales) les produce la sensación de desbordamiento y de falta de control. Esto provoca continuos altibajos, de la tristeza al enfado y de vuelta a la alegría, que son muy característicos de esta primera fase de la adolescencia. Además, viven contradicciones muy profundas que sus padres deben tratar de entender. Ser adolescente significa luchar por su identidad y por ser aceptado por los demás. Quieren estar solos y tomar sus propias elecciones, pero les resulta abrumador sentirse distanciados de sus antiguos amigos y de sus padres.

Esto les produce una sensación de pérdida de control y de confusión. Por eso, es muy importante que expresen sus emociones y sus sentimientos en la familia. Deben expresar sus emociones y sentimientos porque:

- La expresión de los sentimientos les da confianza en sí mismos.
 - Si los reprimen sólo conseguirán mayor ansiedad y estrés.
 - Es la única forma de que su familia conozca lo que sienten, quieren y les preocupa.
 - Favorece que los otros miembros de la familia también los expresen y se refuerza la comunicación.
- Por supuesto, también debe quedar claro que tienen derecho a su privacidad y a reservar para sí mismos o para las personas que elijan sus sentimientos más íntimos.

RECOMENDACIONES

– Trate de buscar todas las ocasiones posibles para comunicarse con sus hijos. Algunas veces puede resultar frustrante, pero no desfallezca porque es imprescindible mantener tendidos los puentes. En el fondo, ellos lo valorarán.

– Sea receptivo a cualquier tema que quieran tratar, aunque toquen cuestiones que les puedan resultar complicadas como su posición ante las drogas, opiniones sobre temas relacionados con la sexualidad, etc.

– Muestre actitud de escucha y reflexione con sus hijos respetando los distintos puntos de vista. Con esto les demostrará respeto y les enseñará con su ejemplo.

– Frente a la creencia general, el problema en la comunicación con los hijos adolescentes no es la existencia de desacuerdos. Estos son lógicos y necesarios. Lo importante es la forma de afrontarlos y resolverlos: dé les una interpretación positiva, desde la confianza y el respeto, facilitando espacios de comunicación y buscando alternativas positivas para ambos.

– No tema a la expresión de las emociones y los sentimientos de sus hijos, son necesarios para incrementar la confianza y seguridad en sí mismos y favorecerán la comunicación familiar.

– No personalice los cuestionamientos que pueda hacerle su hijo o hija adolescente. Trate de serenarse, objetivar el tema que estén tratando y ponerse en su lugar.

Resolución de problemas y conflictos

Con la llegada de la adolescencia, la vida familiar se llena de problemas y conflictos y la mayoría de ellos están relacionados con situaciones cotidianas. Son algo inevitable y deben aprovecharse como una oportunidad para el aprendizaje y el crecimiento personal de los hijos. Según vaya avanzando la adolescencia cada vez serán más frecuentes las luchas de poder. Los padres sienten que sus hijos cuestionan su autoridad y por eso reaccionan intentando imponerla. Pero ellos no admiten la imposición porque sienten que no se les valora y responden con nuevas presiones. Esta “espiral de ofensas” crece y al final el conflicto se mantiene no tanto por el tema que suscitó el enfrentamiento inicialmente sino para hacerle una demostración de fuerza al otro. Cuando las relaciones padres-hijos alcanzan estas escaladas de tensión y estas luchas de poder, el conflicto no sólo no se resuelve, sino que se hace cada vez mayor. Ambas partes pierden: los hijos se sentirán resentidos, humillados y poco respetados y los padres dolidos, impotentes y culpables. Entre todos han logrado convertir un tema menor en un auténtico drama familiar. Por eso, con carácter general, la negociación debería ser una práctica habitual en la resolución de los conflictos familiares con los hijos en esta primera fase de la adolescencia. Además, la experiencia que vayan acumulando les será de gran utilidad para fases posteriores. Lógicamente, eso exige aprender las habilidades necesarias para gestionar los conflictos pacíficamente.

También hay que asumir que, en ocasiones, los hijos llevan a los padres a situaciones límite que les obligarán a hacer uso de su autoridad de forma responsable. No hay que olvidar que la autoridad es necesaria para la educación de nuestros hijos, una autoridad basada en la responsabilidad que tenemos de educarlos y protegerlos, siendo conscientes de que implica un poder del que no podemos abusar ni ejercer de manera violenta. A continuación, se describen los errores más habituales que suelen cometerse a la hora de analizar problemáticas delicadas en la relación con los hijos.

Errores más frecuentes ante situaciones problemáticas padres/hijos

1. **La visión de túnel.** Se tiende a ver solamente un aspecto del problema que se exagera o distorsiona al no expresar los otros aspectos que lo explicarían mejor, porque permitirían apreciar una visión de conjunto.
2. **Pensamiento dicotómico.** Se percibe el problema en términos de "blanco o negro" cuando sabemos que las cosas siempre son relativas y cualquier tema que se analice detenidamente está lleno de "grises".
3. **Fatalismo.** No se acepta que el problema tenga una solución y se adoptan posiciones de pasividad o desánimo. Sólo si partimos de que los problemas son resolubles, podemos empezar a buscar una solución.
4. **Confusión de los pensamientos y las emociones con la realidad.** Muchas veces tratamos de que las cosas sean tal y como nosotros las pensamos o las sentimos y no como son en la realidad.

Proceso para la resolución de problemas y conflictos

Para superar estos errores y poder abordar adecuadamente un problema o conflicto con sus hijos, existen estrategias que les permitirán una gestión pacífica y constructiva del mismo:

1. **Elegir las batallas.** Un aspecto muy importante que los padres deben evitar, es hacer castillos con un grano de arena o tormentas en un vaso de agua. Como se explicaba al principio de este capítulo, muchas de las discusiones con hijos adolescentes se centran en problemas cotidianos relacionados con la limpieza de la habitación, la forma de vestir o la paga semanal, pero se terminan convirtiendo en un grave conflicto. Por eso es necesario elegir bien las "batallas" reduciéndolas a las cuestiones que son realmente importantes para su vida y su desarrollo.
2. **Planear con tiempo lo que se quiere decir y el mejor momento para hacerlo.** Antes de comenzar una discusión piense de antemano lo que quiere plantear. Una técnica muy sencilla consiste en escribir las tres cosas más importantes que quiere plantear. Esto permite focalizar y priorizar la conversación sobre lo que es verdaderamente importante. También se puede consultar a los hijos sobre el momento que les venga bien a todos.
3. **Hágales saber de forma directa y adecuada el tema que se quiere tratar.** Para comunicar el problema es esencial prestar atención a la comunicación, a la empatía y sobre todo controlar la agresividad. Por tanto, intente autorregular sus emociones, razonando y aproximando posturas. El lenguaje debe ser preciso, directo y claro.
4. **Describa la conducta ofensiva o molesta de su hijo en términos objetivos, sin entrar en los motivos de dicha conducta.** Debe expresar con calma sus pensamientos o sentimientos sobre la conducta o problema de una forma positiva, en términos de objetivo a lograr, centrándose en la conducta molesta y no en la persona que la realiza.
5. **Especifique el cambio de conducta que quiere que lleve a cabo su hijo/a,** procurando que él/ella pueda satisfacer sus demandas sin sufrir grandes pérdidas. Pregúntele si está de acuerdo. En caso contrario, plantee una negociación.
6. **La negociación como forma de resolver el conflicto.** Para negociar es importante que, tanto los padres como los hijos, hagan un esfuerzo para atender las necesidades de ambas partes y satisfacer los intereses mutuos. Deben actuar de una forma cooperativa en vez de verse como rivales. Del mismo modo, se debe respetar a cada parte y buscar soluciones de ganar-ganar, es decir, que tanto

los padres como los hijos sientan que han ganado en algún aspecto de la negociación. Ahora bien, una negociación exige condiciones tales como:

- Reconocimiento de las partes, es decir, quienes intervienen en la negociación se reconocen mutuamente con legitimidad para negociar y decidir sobre la cuestión a resolver.
- Tiene que haber un deseo real por ambas partes de llegar a un acuerdo como resultado de la negociación.
- Hay que establecer como meta lograr un acuerdo realista y que se pueda realizar.
- Hay que evitar tener prejuicios sobre el tema a negociar o sobre la otra parte.
- Hay que mantener entre las partes comunicaciones claras y que denoten respeto mutuo.
- Ser asertivos, lo que significa que hay que tener la capacidad de decir "no" en el momento en que se tiene el convencimiento de que hay que decirlo, de forma normal y sin generar tensión.

7. La **"técnica de los contratos"** es una técnica de negociación muy sencilla para llegar a acuerdos con los hijos adolescentes que suele utilizarse con éxito en el día a día de muchas familias. Para hacer un contrato se deben dar los siguientes pasos:

- Estudiar a fondo la situación.
- Negociar. Se han de evitar las imposiciones pues así no llegarán a ningún acuerdo. No debe haber ganadores ni perdedores.
- Elegir de forma consensuada los premios y las penalizaciones en caso de incumplimiento. Todo debe quedar especificado con claridad.
- Conviene dar más refuerzos que penalizaciones.
- Dejarlo escrito para evitar discusiones posteriores.
- Cada cierto tiempo se debe revisar el contrato. Se puede poner una fecha de revisión.

RECOMENDACIONES

- Invierta tiempo, esfuerzo y paciencia en resolver los problemas con sus hijos. En educación no existen "fórmulas mágicas": no se engañe, el problema que ha llevado meses o años para consolidarse no se resuelve con una explosión de un momento o con una simple regañina.
- No cree un conflicto con su hijo/a por cualquier cosa que le moleste en la convivencia diaria. Elija las cuestiones realmente importantes para discutir las seriamente con sus hijos. Evitará disgustos y a la larga, un ambiente tenso en tu familia.
- escoja siempre un "buen momento" para afrontar la resolución de un problema con sus hijos: cuando todos estén tranquilos, tengan tiempo suficiente, haya una buena disposición para el diálogo...
- Al enfrentarse a un problema con su hijo adolescente intente discernir entre el enfado que le provoca el problema en sí mismo y los sentimientos negativos que acumula fruto del conflicto.
- Evite entrar con sus hijos en "espirales de ofensas" y "pulsos" que no conducen más que al enconamiento de las posturas y al sufrimiento de ambas partes.
- Busque la negociación por todos los medios. Resuelva los conflictos de forma cooperativa y buscando una solución en que ganen ambas partes.
- Si no es posible resolver un problema que ha llegado a una situación límite, no vacile en utilizar su autoridad de modo responsable.

3.- La crisis de la fe en la adolescencia (Primera Parte)

La realidad nos indica que la adolescencia es la edad clave en la toma de decisiones con relación a la fe. Las dudas, el cuestionamiento de lo que se ha creído e, incluso, el abandono de la misma son un hecho frecuente en nuestras comunidades. Las estadísticas indican que, precisamente, en esa etapa la mayoría de las personas toman su **decisión por Cristo**. De forma lamentable, la realidad también nos señala que se trata del tiempo en que muchos jóvenes se marchan de la iglesia de forma definitiva.

La adolescencia está saturada de mitos, tópicos y lugares comunes. Se habla de la crisis de la adolescencia, de la rebelión del adolescente, se comenta que nunca, como en estos días, había resultado tan difícil y complicado vivir la adolescencia, y un sinfín de ideas similares. Entender el proceso de desarrollo de la fe en los niños y los adolescentes puede servirnos de gran ayuda para entenderlos y guiarlos hacia el conocimiento de Jesús como su Señor y Salvador personal. Los niños obtienen de los adultos sus ideas acerca de Dios y de la religión. Así que van configurando su fe de una forma totalmente intuitiva. En los artículos de esta serie veremos la evolución de la fe en las diferentes edades. En los dos primeros artículos se enfatizará el desarrollo de la misma. En el tercer artículo procuraremos, también, ver qué implicaciones prácticas pueden derivarse para nuestro ministerio con este grupo de edad. En este primer artículo estudiamos cómo se desarrolla la fe según James Fowler.

Fowler es un investigador contemporáneo que ha publicado varios trabajos sobre el desarrollo de la fe. Su concepción de la esta incluye cosmovisiones tanto religiosas como no religiosas. Su obra más importante es *Stages of Faith: The Psychology of Human Development and The Quest for meaning* (Etapas de la Fe: La psicología del desarrollo humano y la búsqueda de sentido) San Francisco: Harper and Row. Este autor afirma que los individuos pasan por diferentes etapas en el desarrollo de su fe, así como ocurre con el desarrollo de su intelecto o moralidad

Características de las etapas

En opinión de este autor, estas etapas presentan ciertas características: En primer lugar, son predecibles, es decir, pueden ser anticipadas; además, son invariables, porque estas etapas se dan en la vida de todas las personas sin excepción; y, por último, son secuenciales, ya que se dan una tras otra de forma continuada.

Pueden producirse variaciones en cuanto al contenido de la fe y a la profundidad con que la misma se desarrolla. Sin embargo, a pesar de estas dos variables mencionadas, las etapas de evolución de la fe siempre presentan las características indicadas en el párrafo anterior.

Sus seis etapas de desarrollo son:

La fe intuitivo-proyectiva (de los 3 a los 7 años)

En esta etapa la fe se basa en la fantasía y la imaginación; no usa la lógica, pues la percepción es la dominante. Los niños obtienen de los adultos sus ideas acerca de Dios y de la religión. Así que van configurando su fe de una forma totalmente intuitiva, mientras observan y escuchan a sus padres, que son los adultos que, en la mayoría de los casos, más influencia ejercen sobre ellos en esta fase de la vida.

Por lo general sus primeras ideas acerca de la divinidad las construyen cuando proyectan sobre Dios sus impresiones o su concepto que se van formando de sus padres. La fantasía ocupa un lugar importantísimo en el pensamiento de los niños. **Son altamente imaginativos y, por tanto, muy influenciados** por las historias y experiencias de la fe de los adultos. Por eso es que la idea de la deidad como creador o causa de todo la entienden en términos mágicos.

La fe mítico-literal (de los 8 a los 11 años)

En esta edad comienzan a descubrir el mundo que los rodea y a diferenciar entre la fantasía y la realidad. Este cambio se debe a que comienzan a **desarrollar la capacidad de pensar de forma lógica y concreta**. Sin embargo, en esta etapa, los niños adelantan y retroceden entre el

pensamiento abstracto y el concreto. Las creencias y los símbolos los toman literalmente; de esa manera consiguen diferenciar los hechos de la fantasía. Pero todavía no existe en ellos la capacidad para reflexionar sobre el significado de los símbolos.

La fe puede darles un sentido de seguridad ante las incertidumbres que van descubriendo en el mundo real.

Aceptan sin cuestionar la herencia espiritual que la familia les ha provisto. En este nivel perciben a Dios como un ser con forma humana que habita en los cielos. Curiosamente, **muchos adultos retienen mucha de su religión en este nivel de desarrollo.**

La fe convencional y de síntesis (adolescencia)

El mundo del adolescente se extiende mucho más allá de los límites de la familia. Otras muchas fuentes reclaman su atención e interés, ya que él se encuentra inmerso en un proceso de descubrimiento del mundo que lo rodea, como son los amigos, la escuela, el trabajo, el grupo de jóvenes de la iglesia, algún equipo deportivo al que pertenece, y los medios de comunicación masiva.

De manera que, su fe debe proveer coherencia y significado a todas esas nuevas experiencias. Dicho de otro modo, el adolescente deberá enfrentarse al proceso de tener que encajar la fe que ha heredado de su familia con las nuevas realidades que va descubriendo en su entorno.

La afirmación **«fe de síntesis»** significa que el adolescente va moldeando sus creencias por sus relaciones interpersonales con otros individuos y su propio entorno. El proceso en que se halla lo obliga a encontrar un equilibrio entre sus propias creencias y las de las otras personas, que pueden, perfectamente, ser diferentes e incluso incompatibles con su propia fe.

Esta búsqueda de equilibrio le genera mucha tensión y, ante esta última, algunos adolescentes ceden a la tentación de adoptar una actitud conformista y adolecer de creencias, evaluaciones y percepciones autónomas e independientes, para así sostenerse y aferrarse a las de personas de su entorno que son significativas para ellos. Esto sucede por dos razones. El adolescente está dispuesto a renunciar a las propias para no ser rechazado o entrar en conflicto con el grupo. La primera se relaciona con su sensibilidad a las opiniones, juicios y expectativas de las personas con las que ellos quieren congraciarse. En esta edad, el grupo de amigos es altamente significativo, y por tanto, sus opiniones también. El adolescente está dispuesto a renunciar a las propias para no ser rechazado o entrar en conflicto con el grupo. La segunda razón tiene que ver con su identidad, esta todavía no está suficientemente moldeada, está en construcción, por lo cual, es posible, que las creencias y convicciones propias estén en fase de maduración.

A la vez se trata de una fe convencional, en el sentido de que el adolescente la moldea por las actitudes de la gente con que se relaciona en un momento determinado. Por eso el gran peligro de esta etapa es que ellos se acomoden a una fe de segunda mano, que no sea propia ni personal, simplemente la aceptan de la familia o de otros adultos sin apropiarse de ella tras pasarla por un periodo de prueba y reflexión.

Los adolescentes tienden a llenar de compartimientos su fe, de manera que sus compromisos del domingo no provocan impacto alguno sobre el resto de su vida semanal. Es muy propio de los adolescentes cristianos que vivan su fe de una manera dividida, los domingos son santos, los días entre semana...

El ambiente en que se desenvuelven ejerce una gran influencia sobre ellos. De manera que este individuo puede adaptar su comportamiento a las expectativas que el ambiente tenga sobre él. En casa se comporta de la forma que los padres esperan; en la iglesia, de acuerdo a los parámetros que debería seguir, según sus líderes, y, finalmente, con los amigos, como la mayoría lo disponga.

Esta etapa y sus características se convierten en la estructura primaria de la fe de muchos adultos. En efecto, la fe de muchos de estos últimos que no ha avanzado en su desarrollo, se parece enormemente a la descrita en este estadio, se muda según el ambiente en el que están. Muchos adultos viven una total dicotomía entre su vida de iglesia y su vida cotidiana. En cuanto a su manera de ver a Dios, en este periodo, los adolescentes, pueden concebirlo como un guía y consejero personal, pero ya no de una forma tan antropomórfica como en la etapa anterior.

La fe individual-reflexiva (juventud adulta)

Conforme va desarrollando su identidad y sus decisiones entran en conflicto con el ambiente que lo rodea, el joven empieza a diferenciarse de las demás personas y del sistema de valores de otros. Con esta autonomía inicial desarrolla sus propios valores, creencias y convicciones.

Un individuo entra a esta etapa cuando asume la responsabilidad de sus propias acciones, actitudes y valores, y, así, es como consigue desarrollar una fe de primera mano. Se trata de una fe individual, pues hablamos de una fe propia, que el mismo individuo ha alcanzado a construir.

También es pensada como una fe reflexiva en el sentido de que la persona que pasa de la etapa anterior a esta ha tomado tiempo para reflexionar acerca de lo que real y personalmente cree. De esta manera logra abrirse a una reflexión crítica de los valores y las creencias que hasta ahora lo han acompañado. Conforme va desarrollando su identidad sus decisiones entran en conflicto con el ambiente que lo rodea. En cuanto a la manera en que percibe a Dios, empieza a concebirlo de una forma más abstracta; no tanto como un consejero personal, sino como un espíritu que encarna verdades morales

La fe conjuntiva (media vida)

En esta etapa el individuo reconoce pensamientos, impulsos, sentimientos y memorias que ha reprimidos previamente. En el proceso de aceptarlos reconoce las influencias paternas, sociales, étnicas y religiosas que de alguna manera han afectado a su desarrollo.

En el estadio anterior el individuo aprende a fijar los límites que lo distinguen a él mismo como diferente de su mundo. En este, la fe es conjuntiva, en el sentido de que es más amplia y permite la existencia de contradicciones y de ironías, sean reales o aparentes. Esto se debe a que el concepto de absoluto, aunque pueda parecer una paradoja, se relativiza.

La fe generalizadora (vejez)

Pocos acceden a este estadio, pero cuando sucede, el individuo produce un impacto significativo en la sociedad. Los que llegan hasta acá acostumbran a ser personas con un compromiso absoluto con la causa de universalizar los conceptos de amor incondicional y justicia absoluta. No les satisface nada que no sea el bien último de la humanidad. Muy a menudo, las estructuras políticas existentes los conciben como peligrosos. Ejemplos de este tipo de individuos serían: **Jesús, Ghandi, Martin Luther King, y la Madre Teresa de Calcuta.**

La crisis de la fe en la adolescencia (Segunda Parte)

Entender el proceso de desarrollo de la fe en los niños y los adolescentes puede servirnos de gran ayuda para entenderlos y guiarlos hacia el conocimiento de Jesús como su Señor y Salvador personal.

En los artículos de este tema se revisa la evolución de la fe en las diferentes edades. En las dos primeras partes se enfatiza el desarrollo de la misma. En la tercera se procura, también, ver qué implicaciones prácticas pueden derivarse para nuestro ministerio con este grupo de edad. En este segundo artículo estudiamos **cómo se desarrolla la fe** según Westerhoff.

La fe se desarrolla en anillos

Este autor usa la analogía de los anillos de crecimiento de los árboles para describir el **desarrollo de la fe:**

Observa que cada anillo permanece, aunque se desarrollen otros a su alrededor. Además, define la fe como una acción que incluye pensar (intelecto), sentir (emociones) y querer (voluntad). Recordemos los conocimientos, convicciones y conducta. Para él las relaciones interpersonales son fundamentales en el desarrollo de la fe, porque esta se sustenta, transmite y expande por medio de nuestra interacción con otras personas creyentes en el contexto de una comunidad de fe.

La fe se desarrolla en cuatro etapas

La fe experimentada (infancia)

Esta es la fe fundacional, la que provee las bases para el futuro desarrollo de la fe. En esta etapa, la criatura experimenta, explora, prueba y reacciona a la fe. En primera instancia, no elabora su fe, sino que copia la de otros (especialmente la de los padres), de manera que por la observación e interacción el infante empieza a desarrollar su propia fe. Es posible que los jóvenes decidan experimentar con otras religiones, creencias o formas de expresar la fe, y también que sientan la necesidad de comprometerse con una o varias causas.

La fe de afiliación (adolescencia temprana)

En esta etapa la fe se caracteriza por un fuerte sentimiento de pertenencia a un grupo. Posee, asimismo, un fuerte aspecto afectivo.

Por su tendencia a medir la fortaleza de la fe de los adolescentes por su grado de compromiso en actividades y eventos, el liderazgo de la iglesia y los padres se sienten tranquilos con los jóvenes que están en el nivel de afiliación. Así que los padres se sienten satisfechos al ver a sus hijos funcionando apropiadamente y **bien integrados en el grupo de jóvenes de la iglesia**. Esto es lo que desea la mayoría de los adultos para sus adolescentes. Sin embargo, puede estorbar el proceso de construcción de una fe personal. Expresado de otro modo: si la fe está excesivamente vinculada al grupo, puede resultar más resistente el proceso de desarrollar una fe personal.

La fe de la búsqueda (adolescencia tardía)

Es la época en que los jóvenes se cuestionan lo que vienen creyendo. Este nivel de fe permite e invita a la duda, las preguntas, los cuestionamientos y los juicios críticos. Es posible que los jóvenes decidan **experimentar con otras religiones**, creencias o formas de expresar la fe, y también que sientan la necesidad de comprometerse con una o varias causas.

Los adultos bien pueden interpretar esta búsqueda como amenazadora, y por eso reaccionan con inquietud y preocupación ante esta nueva actitud del adolescente.

Entonces creen que no están prestando suficiente atención a sus hijos o que alguien los está descarriando. En realidad, a los padres les resulta cómodo ver y buscar **influencias negativas** para fundamentar el «desvío» de sus hijos, sin importar que estas sean reales o ficticias. Por otro lado, la iglesia cuestiona la competencia y el trabajo de su liderazgo juvenil. Pero, aún así, estén o no conscientes los adultos, los jóvenes libran, en lo más íntimo de su ser, batallas continuas para encontrar respuestas a sus dudas e inquietudes.

La prioridad para los líderes y los adultos más cercanos a estos jóvenes es, entonces, capacitarse y desarrollar sabiduría para proveerles un ambiente saludable y abierto en el que expongan sus dudas e inquietudes sin sentirse intimidados ni juzgados.

No significa esto que los líderes estimulen a los adolescentes a dudar, sino que deben ser muy cautelosos con las formas en que responden a sus cuestionamientos.

En muchos casos, cuando el adulto expresa miedo o se escandaliza ante las dudas de los adolescentes, estos últimos piensan que su fe no es fiable ni consistente y, en consecuencia, su angustia natural aumenta. Otros pueden decidir reprimir sus dudas y, al no verbalizarlas, nos privan, por tanto, del conocimiento de las mismas, así que de esta manera los adultos se vuelven más incompetentes para ofrecerles la ayuda que necesitan.

De manera que los padres y líderes deben recordarse a sí mismos que estas dudas no exceden en nada la capacidad de Dios de conducir a los adolescentes hacia Él usando esas mismas dudas. Por lo tanto, deben permitir a los jóvenes y adolescentes expresar sus cuestionamientos en un clima de aceptación y libertad. Las relaciones son para ellos más importantes que las instituciones y que las primeras ejercen más influencia que las segundas. Asimismo, **el adulto es responsable de proveer respuestas coherentes y honestas a las dudas e inquietudes de los jóvenes**.

La fe propia

La persona entra a esta etapa cuando alcanza a sentirse en paz con su fe y quiere ser identificada por ella. El individuo se siente orgulloso de lo que cree y no teme ni guarda reservas en cuanto a ser caracterizado públicamente por esa fe. Por eso la persona se encuentra en la condición óptima para testificar acerca de sus creencias.

Esta fe se caracteriza por: Una firme y consistente relación personal con Dios, la cual construyendo la propia fe del individuo, quien crece y madura. Por eso el crecimiento se va dando de forma continuada, el cual puede visualizarse en la transformación de la vida del sujeto.

Los jóvenes entran a este estadio cuando el conocimiento que poseen logra influenciar su vida cotidiana. Por eso resulta tan importante la presencia de las dudas en su vida e, incluso, que cuestionen su fe, para que puedan construir, a partir de sus creencias primarias, una fe personal y propia.

Westerhoff afirma que las experiencias de relaciones no formales, en lugar de la instrucción (experiencias de enseñanza formales), es el mejor camino para nutrir la fe de los adolescentes. Esto significa que las relaciones son para ellos más importantes que las instituciones y que las primeras ejercen más influencia que las segundas.

La crisis de la fe en la adolescencia (Tercera Parte)

Los líderes de adolescentes han de esforzarse por ser emocionalmente significativos para ellos. Esto último será la puerta que les abra el corazón de los chicos y chicas.

En los dos primeros artículos de esta serie se han visto la evolución de la fe en las diferentes edades y en ellos se ha enfatizado el desarrollo de la misma. En el presente artículo, el tercero de la serie, procuraremos, también, ver qué implicaciones prácticas pueden derivarse para nuestro ministerio con este grupo de edad.

La fe es algo dinámico no estático

Existen muchos factores que para bien o para mal influyen en el **desarrollo de la fe**. Algunos son comunes a todos los jóvenes como por ejemplo los cambios propios del desarrollo personal. Otros, sin embargo, son específicos y propios de cada joven y por tanto puede ser de ayuda para el líder conocerlos y entender cómo afectan al joven. La forma en que los líderes y padres respondan a los cuestionamientos de los jóvenes es muy importante.

El contexto social influencia el desarrollo de la fe

En la niñez, por ejemplo, la situación del hogar, las relaciones con los padres y la calidad del modelo ofrecido por los progenitores son influencias definitivas que van a afectar la visión que los niños se forman de Dios, su habilidad para creer o confiar en Él y su potencial para el **desarrollo de la fe**.

En la adolescencia, la apertura al mundo exterior produce una crisis en la fe del adolescente. Al intentar encajar lo que se le ha enseñado con lo que otras voces dicen, empieza su lucha con las dudas y cuestionamientos al contenido de su fe.

En la juventud adulta, por lo general, es el momento cuando las personas empiezan a reflexionar por primera vez acerca de su fe e inician el camino para construir la propia.

Las experiencias pasadas afectan las presentes

Cada estadio del desarrollo de la fe se basa en los anteriores, se construye sobre los primeros. Resulta crítico entender esto cuando estamos trabajando con personas de esa etapa. En ocasiones, se nos dificultará comprender y menos tratar los problemas presentes sin antes haber explorado ciertas situaciones o experiencias pasadas que pueden ser las que han generado las presentes.

La adolescencia es un tiempo de cambio en la fe

Todos los estudios y todas las teorías sobre el desarrollo de la fe coinciden en el hecho de que la adolescencia es el tiempo en que cual la fe es cuestionada. Las nuevas capacidades intelectuales y la necesidad de independizarse de los padres **pueden ser causantes para censurar la fe**. No todos los adolescentes son iguales, muchos de ellos invierten la mayoría de sus energías en intentar tan sólo sobrevivir a este periodo tan difícil y conflictivo. Sin embargo, es importante no visualizar este proceso como un problema espiritual sino como parte del proceso normal de desarrollo. El cuestionamiento puede ser un indicador de que la fe está en un proceso de **crecimiento y maduración**.

La forma en que los líderes y padres respondan a este cuestionamiento es muy importante. Si critican, reprenden o juzgan cortarán todo tipo de comunicación con los adolescentes. Si expresan ansiedad, proyectarán sobre los adolescentes la idea de que su fe es débil y no puede soportar un escrutinio profundo.

Si responden de una forma abierta y expresando amor y aceptación incondicional, sin ningún tipo de condena, los adolescentes crecerán aceptando las dudas como parte normal del proceso de **maduración y crecimiento**. Eso les ayudará a expresarlas y a nosotros a conocerlas y tratar de ayudarles.

Cada individuo tiene su propio ritmo de crecimiento

Cada adolescente vive la transición de una etapa a otra con su propio ritmo, por lo que no deberíamos esperar el mismo grado de desarrollo en cada adolescente. Incluso, aunque los cambios sí van a producirse, serán diferentes para cada adolescente. Uno puede tener un mayor deseo de conocer a Dios mientras otro puede empezar a mejorar su relación con sus padres. No todas las adolescencias son iguales, muchos de ellos invierten la mayoría de sus energías en intentar tan sólo sobrevivir a este periodo tan difícil y conflictivo de sus vidas. En una adolescencia de este tipo es normal esperar menos crecimiento en la fe

No debemos olvidar que el cambio que esperamos es un genuino crecimiento en su fe, no una conformidad externa a ciertas pautas de conducta.

El desarrollo de la fe ha de ser integral

El individuo debe adquirir un conocimiento de los contenidos y el objeto de la fe cristiana. Además, debe formar convicciones, es decir, una profundización y adquisición de los valores de la fe. Y por último un estilo de vida que se caracterice por una obediencia radical al Señor.

En la transmisión de la fe, la inculturización es más importante que las situaciones formales de enseñanza.

Los líderes de adolescentes han de esforzarse por ser emocionalmente significativos para ellos. Esto último será la puerta que les abra el corazón de los chicos y chicas.

4.- VARIOS ARTICULOS PARA REFLEXIONAR

Los hijos y la vida de fe

M^a del Carmen Montoro de González: Es madre de cuatro hijos, abuela de dos nietas, Profesora de Pedagogía Terapéutica y Orientadora Familiar por la Universidad de Navarra.

Los padres que quieren educar a sus hijos en la fe, deben reconocer que no los educarán por lo que les dicen, ni por lo que les hacen, sino por la unidad de vida que lleven. Para ello tienen que referirse a los aspectos positivos: cultivar y orientar y no a los aspectos negativos, que son los obstáculos que deben vencer las personas para conseguir el desarrollo integral.

MISIÓN DE LOS PADRES EN LA EDUCACIÓN DE LA FE

- 1ª) Crear las disposiciones adecuadas para que sus hijos respondan generosamente y reciban ese don de Dios.
- 2ª) Deben reconocer que es necesaria la gracia de Dios y los auxilios internos del Espíritu Santo, porque la fe la da Dios, es un don gratuito que Él da a quien se la pide con rectitud de intención.
- 3ª) Los padres deben rezar por sus hijos.
- 4ª) Deben ayudarles a conocer a Dios y a tratarle como Padre.
- 5ª) Deben preparar y motivar a sus hijos para que por su propia iniciativa, relacionen su vida cotidiana con Dios.
- 6ª) Deben conocer a sus hijos para ayudarles a superar los obstáculos que a nivel humano dificultan su vida de fe.

Los padres deben saber que son los primeros educadores de la fe en sus hijos, no deben delegarla en profesores, ni en sacerdotes, deben tener tiempo para hablar a sus hijos de Dios, igual que les hablan de otras materias, con ello no coartan la libertad de sus hijos sino que les están dando el alimento que necesitan aunque el niño no lo pide, (como tampoco lo pide un bebé), necesitan el alimento para que aumente la vida de la gracia que recibieron en el Bautismo, y esto es porque el niño, antes de los siete años no comprende nada, pero imita y actúa espontáneamente, hace lo que ve en sus padres y así adquirirá una serie de hábitos, que suponen una exigencia por parte de los padres.

Los padres deben insistir mucho en pocas cosas, porque los hábitos que crean son una estructura a la cual hay que dar vida.

Para ello los padres deben reconocer el valor de la obediencia y del razonamiento, reconocer el valor que tiene la obediencia es lo que permite desarrollar la voluntad.

El sentido que tienen los actos de piedad hay que explicárselo a los hijos en el momento oportuno para que vean la importancia de lo que están haciendo.

Cuando llegan a los siete años, utilizan ya su capacidad de razonamiento y su sentido moral, juzgan las acciones buenas o malas, de acuerdo con la regla de moralidad.

OBJETIVOS QUE DEBEN PLANTEARSE LOS PADRES RESPECTO A LA EDUCACIÓN EN LA FE DE SUS HIJOS

Lo más importante en la educación de la fe por parte de los padres, es hacer caer en la cuenta a sus hijos que todos somos hijos de Dios y que siempre hemos de tratarle como a un Padre que siempre está dispuesto a escucharnos y darnos todo lo que nos va a hacer bien, aunque a veces no lo entendamos.

Respecto a esto, los padres deben conseguir estos objetivos y luchar por conseguirlos:

- Mantener a toda costa el vínculo familiar en orden a la procreación y a la educación de los hijos, para ello cuentan con la fe, la oración y la vida virtuosa consecuente con ellos mismos.
- Dar a conocer a los hijos al Dios Amor, para ello la madre tiene que ser fuente de ternura y seguridad y el padre fuente de autoridad que los proteja sin herirlos.
- Educar a los hijos para que realmente sean hijos de Dios a través de Cristo, porque los padres son el medio por el cual la Encarnación y la Redención pueden prolongarse. Los medios pueden ser visitar al Santísimo junto con sus padres, para que comprendan la actitud de éstos, que el mismo Señor está allí realmente presente.
- Enseñar a sus hijos a amar a Aquel que nos lo da todo y a venerar en El, el poder que todo lo gobierna, apoyándonos en las necesidades que tiene el niño, pues éste ama a quien provee de ellas con olvido de sí mismo y así cuando haya cosas que no pueda realizar, porque no es el momento oportuno y para todo hay límites, experimentaría la existencia de fuerzas invisibles que le harán acudir a Dios Padre como al más poderoso.
- Mantener en la familia la relación viva con Dios, mediante el rezo en común, siendo éste uno de los momentos más sagrados e impresionantes y nunca costumbre obligatoria y molesta.
- La razón más poderosa por la que los padres deben plantearse estos objetivos es: porque los niños huérfanos de esta filiación divina, nacen sujetos para siempre a la esclavitud de la carne, no se pueden librar de ella, porque necesitan ayuda de los demás para enseñarles el camino verdadero, que todos tenemos en potencia, nunca podrán conocerse a sí mismos, porque no conocen a Dios que es el Único que se manifestó para que los demás le conocieran a través de Cristo. Buscará la verdad incluso mas allá del mundo visible y no tendrá a nadie que le hable de Dios para guiar su imaginación a la de un Dios creador y Todopoderoso y del Dios Amor. ¿Cómo hablarle del Dios amor si sus padres no son para él fuente de lo bueno, sino de todo lo contrario? Los cristianos tenemos una gran responsabilidad con estos niños que nacen huérfanos, bien en familias normales, que los padres no se preocupan, o bien en familias separadas donde falta de todo.

EJEMPLOS PRÁCTICOS DE PREGUNTAS QUE NOS SUELEN HACER NUESTROS HIJOS Y POSIBLES RESPUESTAS:

UN NIÑO DE 7 AÑOS DICE A SU MAMA: SI PAPÁ NO REZA ¿POR QUÉ TENGO QUE REZAR YO?

- Hablarles de que además del padre que tienen en la tierra tienen otro Padre, que es Dios y que nos quiere más que todos los padres de la tierra juntos y que ese Padre le gusta que nos acordemos de Él.
- Decirle que, si él reza, el Padre que tiene en el cielo le escuchará, y le ayudará a resolver sus problemas.
- Hacerle caer en la cuenta de que si su padre le ve rezar, un día rezarán juntos y verán que felices pueden ser.

UN CHICO DE 12 AÑOS QUE DICE: LA MISA NO ME DICE NADA.

- Hacerle reconocer el valor de la obediencia para sus padres, pues al igual que les obedecen en otras

muchas cosas, en esta también, pues forma parte del alimento espiritual que le hará ser más fuerte cuando sea mayor.

- Explicarle el sentido de la Santa Misa, el sacrificio de Cristo en la Cruz, por amor hacia nosotros, dándonos prueba de su gran amistad para con los hombres.
- Ayudarle a comprometerse para que vaya, porque es una cosa buena y a Jesús (que es su mejor amigo) le agradecerá verle allí.
- Ayudarle a seguir las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia para que en caso de dudas se atenga a ellas y no a su conciencia.

UN CHICO DE 15 AÑOS QUE DICE: ¿POR QUÉ TENGO QUE ATENERME A UNAS NORMAS SI YO PUEDO ENCONTRAR A DIOS DIRECTAMENTE?

- Se le puede decir: para poder encontrar a Dios, hay que conocer poco a poco la vida de Jesucristo a través del estudio del Evangelio y seguir las normas que el Magisterio de la Iglesia enseña.
- Sin la mortificación y el sacrificio del estudio, nadie conoce a nadie ni llega a ningún sitio.
- Hacerle ver que precisamente las normas son el alimento del espíritu, sin el cual quedaría raquítica su vida espiritual y lo que es peor huérfana del Padre para siempre.
- Hacerle ver que la autoridad de la iglesia no está en conflicto con su libertad personal, al contrario, le ayuda a seguir libremente el camino, igual que si va en coche tiene que seguir unas normas para no darse con el de enfrente o atropellar a alguien.
- Leerle el pasaje evangélico que dice: "Nadie conoce el Padre, sino es a través de Mí"... "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"...y sin seguir las normas que nos marcan el Evangelio no podemos jamás conocer al Padre.
- Hablarles de la soberbia, por ser éste el gran pecado que nos obliga a decir semejantes cosas y de cómo formar una conciencia recta para ser libres y no esclavos de la vanidad, del orgullo, etc...

UN CHICO DE 17 AÑOS QUE DICE: A MI QUÉ ME DA LA RELIGIÓN, NO LA NECESITO PARA NADA.

- Preguntarle: ¿qué harías tú, si desde pequeño no hubieras tenido a nadie que te cuidara?.
- A continuación, se le hablaría, que no sólo está hecho de carne, sino además tiene una vida espiritual que tiene que alimentar y que más adelante surgirán unas hambres que no podrá satisfacer si no está preparado en la vida espiritual.
- Se le seguirá hablando de que estas hambres son junto con el conocimiento, la sociedad y la unión erótica, la religión como la llamada absorbente de Dios.
- Hablarle de que es hijo de Dios, aunque no lo quiera, (está por encima de él, el serlo), para hacerle realmente libre y no esclavo de sensualidad, soberbia, hedonismo, etc...y no caer en la orfandad eterna.

Para seguir todo lo expuesto en esta ficha técnica que duda cabe que los padres tienen la grave obligación de desarrollar su propia vida de fe, no sólo cumpliendo con la obligación que impone, sino también aprovechando al máximo los Sacramentos para aumentar en la vida de la gracia y preparándose y formándose continuamente según su capacidad intelectual, en la doctrina de la Iglesia. Se trata de buscar fuentes seguras, cultivando siempre las virtudes de la fortaleza y de la humildad.

EDUCAR EN LA FE (Alfonso Aguiló Pastrana)

Hablar de Dios, también con la propia vida.

La educación de la fe no es mera enseñanza, sino transmisión de un mensaje de vida. En todas las familias cristianas se sabe, por experiencia, que buenos resultados da la coherencia de una iniciación a la fe en el calor del hogar. El niño aprende así a colocar a Dios entre sus primeros y más fundamentales afectos. Aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres, que loaran así transmitir a su hijo una fe profunda, que prende con facilidad en él cuando la contempla hecha vida sincera en sus padres.

Los niños tienen necesidad de aprender y de ver que sus padres se afinan, que respetan a Dios, que saben explicar las primeras verdades de la fe, que saben exponer el contenido de la fe cristiana en la perseverancia de una vida de todos los días construida según el Evangelio. Ese testimonio es fundamental. La palabra de Dios es eficaz en si misma, pero adquiere una fuerza mucho mayor cuando se encarna en la persona que la anuncia, y eso vale de manera particular para los niños, que apenas distinguen entre la verdad anunciada y la vida de quien la anuncia. Como ha escrito **Juan Pablo II**, *"para el niño apenas hay distinción entre la madre que reza y la oración; más aún, la oración tiene valor especial porque reza la madre"*.

Por eso lo primero es demostrar, con el modo de hablar de lo sobrenatural, que la fe es fuente de alegría, de dicha y de entusiasmo. Sería muy negativo tener un aire hastiado y desagradable cuando se habla de Dios. La actitud al recitar unas oraciones, el modo de hacer la señal de la cruz, el respeto y recogimiento al acercarse a comulgar, son detalles que tienen más influencia sobre los hijos que los más encendidos discursos. Se educa en la fe a los hijos en todo momento, no sólo cuando se habla de ello.

UNA "CLASE PRÁCTICA"

Educar en la fe no es dar sabias lecciones teóricas. No son clases magistrales. Mejor, es como una clase práctica que empieza cuando el chico o la chica aún no sabe casi andar, y que no termina nunca. Por ejemplo, si un hijo viera que sus padres van *a lo suyo*, le será difícil incorporar ideas tan relacionadas con las exigencias de la fe como son la preocupación por los demás, el sacrificio y la renuncia en favor de otros, la misericordia o el sentido de la generosidad.

O si ve que sus padres con frecuencia no cumplen lo que prometen, o les ve recurrir -siempre acaban dándose cuenta- a la mentira o la media verdad para salir al paso de algún problema, luego será difícil que preste atención a sus encendidos discursos sobre las excelencias de la sinceridad, de la veracidad, o de *dar la cara como un hombre*.

El chico o la chica han de ver que a sus padres les preocupa realmente el dolor ajeno, que muestran con su vida lo connatural que debe resultar a toda persona vivir volcada hacia los demás, que les explican la fealdad de la simulación y de la mentira, o cualquiera de las otras ideas cristianas que quieran transmitirles.

Hay todo un estilo cristiano de ver las cosas y de interpretar los acontecimientos de la vida, los hijos han de *respirarlo* en casa. Lo captarán, por ejemplo, viendo el modo en que se acepta una contrariedad. O al advertir cómo se reacciona ante un vecino cargante o inoportuno. O viendo cómo papá o mamá ceden en sus preferencias, o siguen trabajando, aunque estén cansados.

Y así el chico se irá empapando de ideas de fondo que tejerán todo un vigoroso entramado de virtudes cristianas. Aprenderá a respetar la verdad, a mantener la palabra dada, a no encerrarse en su egoísmo, a ser sensible a la injusticia o al dolor ajeno, a templar su carácter, etc. Siempre surgen multitud de ocasiones de hacer una consideración sobrenatural sencilla, sin excesiva afectación ni excesiva frecuencia. Se trata de que el niño vea cómo la fe se traduce en obras concretas y que no son formalidades exteriores vacías e inconexas.

En la casa se ha de hablar de Dios, y de nuestro deseo de agradarle, y de evitar las ocasiones de ofenderle, y del premio que recibiremos en esta vida y en la eterna. Y todo ello con toda naturalidad,

sin afectación y sin simplezas. Por eso, si se comete el error de presentar la fe como una vivencia tonta e insípida, separada de la realidad de la vida, lo que se logra es dejar vacío el corazón de los chicos y privarles de toda esa fuerza y esa guía moral tan necesaria en el camino de su vida.

CIELO, INFIERNO Y PECADO

No es necesario hablarles constantemente de Dios. Si hay fe, los hijos irán creciendo en ese ambiente y comprenderán bien las realidades sobrenaturales. Y eso es lo importante: que el hogar esté vivo y que los pares hablen de Dios a los chicos con su propia vida.

La instrucción religiosa ha de discurrir por caminos positivos. No se puede querer resolver los pequeños problemas domésticos diciendo al chico: *«te va a castigar Dios», o «te irás al infierno», o «eso que has hecho es un pecado gravísimo»*, porque por esas trastadas infantiles no se va la gente al infierno. Hay que hablarles del pecado, pero sin atosigarles con la falsa y tonta idea de que todo es pecado.

Tampoco se puede poner el demonio a la altura de las brujas, duendes o fantasmas. El infierno es una realidad seria que, sin dramatismos tontos, los hijos deben conocer. Y lo mismo sucede con el Cielo, que a veces los chicos -cuando no se les explica bien- pueden asimilar a algo estático y aburrido. Algunos padres identifican tanto la bondad con la quietud, que con su continuo *«estate quieto, sé bueno»* sólo logran aburrir soberanamente a sus hijos que, afortunadamente, están llenos de vitalidad y crearles ideas equivocadas. El *«estate quieto, sé bueno»*, me contaban en una ocasión, cansaba tanto a aquel muchacho, que terminó por preguntar: *"Mamá, y en el Cielo..., ¿también tendremos que ser buenos?"*.

Es preciso hablarles de Dios de un modo grato y atractivo, no reiterativo y tedioso. No se puede usar de Dios según cualquier pequeño interés. No se puede invocar el nombre de Dios para que el niño se tome la sopa o para que baje a hacer un recado. La realidad de Dios es algo que conviene hacerle descubrir y querer, *no un instrumento con el que golpearle en la cabeza*. Actuar así llevaría a deformar su conciencia y sembrar de sal el fértil campo de su fe infantil. No se trata de atosigarle con lecciones profundas e incesantes. La mente del niño se ha comparado al cuello de una botella. Si se intenta meter gran cantidad de líquido en poco tiempo, se desborda y se derrama. En cambio, gota a gota, despacio, pero con constancia, se consigue mucho más.

PRACTICA RELIGIOSA EN FAMILIA

No es fácil dar recomendaciones fijas sobre qué prácticas cristianas convienen a cada edad. Depende mucho de cada familia.

Es bueno que las devociones sean pocas, pero serias y constantes. Quizá esas tres Avemarías de rodillas junto a la cama, antes de acostarse. Aquella otra oración de ofrecimiento del día a Dios, al despertar. Bendecir la mesa. Acudir a Misa. Quizá rezar el Rosario en familia, y si son demasiado pequeños sólo un misterio, y en las fiestas de la Virgen algo más. O retomar aquellas viejas devociones del mes de mayo, la Novena a la Inmaculada, el Escapulario del Carmen... No muchas, pero bien vividas.

Las familias cristianas no deben olvidar que los padres son los primeros educadores en la fe y que, por tanto, es necesaria una catequesis familiar en la que, con una cierta periodicidad -semanal, por ejemplo-, los padres vayan cumpliendo con esa obligación, que no deben abandonar en manos únicamente del colegio o la parroquia.

CUANDO EL PROBLEMA ESTA EN LOS PADRES

Algunos padres, cuando piensan en sus problemas con la educación de sus hijos y oyen hablar de Dios, o les hacen alguna consideración sobrenatural, cambian de sintonía y desconectan por completo. Reaccionan como si dijeran: *«Vamos a ser prácticos, por favor. No me vengas ahora con sermones como si yo fuera un infeliz en busca de resignación. Quiero soluciones»*.

Quizá no comprenden lo que es el alma. Que el hombre no es un simple animal extraordinariamente desarrollado en el que educar es simplemente encauzar unos impulsos. Que tiene un alma espiritual e inmortal que el educador no puede ni debe ignorar.

Hay que saber cómo actúa el alma. A lo mejor esas personas entienden muchísimo sobre cómo funciona el cuerpo, y qué conviene a su salud, y cómo prevenir o curar una enfermedad, o lo que sea, pero saben poco sobre la salud de su alma, siendo como son sus enfermedades mucho más dolorosas. No se puede olvidar que la raíz de muchos problemas está en el alma.

Muchas veces, cuando la gente nota un vacío grande, le pregunta ¿le falta a su vida, lo que le falta es la rectitud de la fe, el acatamiento de Dios.

"No veo a Dios por ninguna parte", dicen. O "mi fe se muere", o "mi fe ha muerto...". Y quizá su fe sigue latente, ahogada por costumbres insanas o claudicaciones inconfesables. La fe es algo personalísimo de lo que no se puede prescindir, y en ella actúa la iniciativa de Dios. Y aunque la iniciativa sea de Dios, nuestra respuesta es decisiva. Y a veces, el griterío de nuestro mundo interior hace muy difícil oír esa voz, o nuestra falta de fortaleza de generosidad hace que no queramos o no podamos responder. Son tinieblas muchas veces voluntarias, a las que quizá no se quiere poner remedio porque una conducta interesada ahoga la voz de Dios.

FORMACIÓN DOCTRINAL

El problema de fe proviene otras veces del desequilibrio en la formación. o es difícil encontrarse cristianos que son brillantes en su profesión, incluso cultos, muy leídos y muy viajados, con grandes experiencias quizá, pero absolutamente ignorantes en lo referente a su fe. Hombres o mujeres que abandonaron el estudio de los fundamentos de sus creencias con el final de sus estudios primarios o con las primeras crisis de la adolescencia, y que conservan una imagen de la teología que bien podría servir para un cuento de hadas, cuando la teología es sin duda la ciencia sobre la que más se ha hablado, escrito, investigado y debatido a lo largo de los siglos. Les falta estudio de su propia fe, que es equilibrio en su formación.

Esa ignorancia es un formidable enemigo de la fe, puesto que la fe en cualquier cosa exige siempre un suficiente conocimiento previo. Y esa fe débil bien puede tener su causa en haber recibido una formación religiosa poco afortunada o impartida por personas que no han sabido mostrar su grandeza. Por eso, hemos de ser consecuentes y dedicar el tiempo que sea preciso para tener un conocimiento de nuestra fe adecuado a nuestro nivel cultural e intelectual. De esta forma, la experiencia de tantos siglos en la vida de tantas personas, nos ayudará a vivir esas exigencias y a superar las dificultades que se nos presenten, que quizá no sean tan nuevas.

Es cierto que hay muchos que creen poco, o que no practican, pero sí quieren que sus hijos reciban una buena formación cristiana, pues el valor de la formación moral cristiana es algo bastante reconocido, afortunadamente. Esa preocupación de esos padres es loable y positiva. Pero los padres que quieren que sus hijos crean, y, sin embargo, ellos mismos no practican, suelen fracasar. Si no tienen la fe como parte esencial de su vida, o si luego desmienten sus palabras con los hechos, es difícil que las cosas salgan bien.

Sin embargo, para muchos otros padres ha sido precisamente la preocupación por educar correctamente a sus hijos y darles un buen ejemplo, lo que les ha llevado por un camino de mayor cercanía a Dios y a un más profundo conocimiento de la fe, que ha venido a facilitar su propia coherencia y, en cierta manera, su conversión.

COLEGIO Y TIEMPO LIBRE

Educar en la fe a los hijos es toda una ciencia. Se necesitan conocimientos precisos y esfuerzo para adquirirlos. La buena voluntad no basta. Para empezar, educar hoy es diferente a como nos educaron a nosotros: basarse sólo en nuestra experiencia, hoy, no es suficiente. Sería un error prescindir de toda la sabiduría que hay plasmada en tantos libros, o del enriquecimiento mutuo que producen las conversaciones con personas sensatas y experimentadas. Sería esperar milagros que vinieran a suplir nuestra dejadez.

Algo parecido podría decirse sobre el colegio, que juega un papel fundamental en la educación, puesto que es donde los hijos pasan casi todo el día y donde tienen la mayor parte de sus relaciones. Por eso es tan importante escoger bien dónde estudian, aunque suponga un sacrificio económico o un mayor tiempo de transporte. Sería una pena que una despreocupación en este punto echara a perder en las horas escolares lo que con tanto esfuerzo va aprendiendo en el hogar.

Y no sólo al decidir a qué colegio va, sino también a la hora de asumir el protagonismo que a los padres corresponde en la vida escolar. Por ejemplo, preocuparse de acudir a las reuniones para padres que allí se celebran, o visitar al tutor o a los profesores cuando sea preciso, aunque nos falte tiempo. Todo eso supone seguramente un sacrificio, pequeño o grande, pero merece la pena. Se verá siempre compensado por lo valioso del intercambio de impresiones sobre el chico. Así, la mayoría de los problemas podrán resolverse antes de que lleguen realmente a serlo.

También importa mucho el tiempo libre. Porque unos padres pueden estar sacrificándose para pagar un buen colegio, y poniendo un gran esfuerzo para mejorar el ambiente familiar, y luego perderse todo por los amigos que hace durante su tiempo libre. Por ejemplo, hay que pensar en estos temas al decidir sobre el lugar donde pasar el verano o el fin de semana. Quizá no sea el sitio más adecuado aquel lugar de dudoso ambiente moral -por mucho que digas que a tu hijo apenas le afectará-, o donde los chicos que hay de su edad no parece que le convengan demasiado. Hay que hacer lo posible para que se relacione con chicos que sean de familias sanas y tengan costumbres y modos de divertirse sanos. Por eso muchos padres se ponen de acuerdo para promover iniciativas donde sus hijos aprendan a pasarlo bien de forma sana, aprendan cosas útiles, hagan amigos en un ambiente favorable y reciban una ayuda en su formación.

LA VOCACIÓN DE LOS HIJOS

La vocación es un don divino completamente inmerecido para cualquier persona; y para los padres cristianos, el hecho de que Dios llame a sus hijos supone una muestra de un especial afecto por parte de Dios. Cuando Dios llama a un hijo para que se entregue plenamente a su servicio (en cualquiera de sus formas: en el sacerdocio, en la vida religiosa, en la entrega plena en medio del mundo, etc.), debe considerarse como un verdadero privilegio: *"Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos"* (Catecismo Iglesia Católica, n. 2233).

Por eso quienes han entendido la vocación misionera de la Iglesia se esfuerzan por crear en sus hogares un clima en el que pueda germinar la llamada a una entrega total a Dios: *"La familia debe formar a los hijos para la vida, de manera que cada uno cumpla con plenitud su cometido, de acuerdo con la vocación recibida de Dios. Efectivamente, la familia que está abierta a los valores trascendentes, que sirve a los hermanos con alegría, que cumple con generosa fidelidad sus obligaciones y es consciente de su participación en el misterio de la Cruz gloriosa de Cristo, se convierte en el primero y mejor sembrero de vocaciones a la vida consagrada al Reino de Dios"* (Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, n. 53).

El Espíritu Santo suscita vocaciones para la Iglesia habitualmente en el seno de las familias cristianas. Se sirve de ese afán bueno de esos padres cristianos, que aspiran a salvar miles de almas gracias al apostolado de sus hijos, muchas veces en lugares adonde ellos habían soñado llegar. Será un motivo particular de gozo para esos padres ver cómo la nueva evangelización que necesita el mundo es fruto de esa respuesta generosa -de los padres y de los hijos-, que hace realidad la nueva evangelización, hace a la Iglesia estar presente en nuevos países, revitaliza la vida cristiana en muchos ambientes, etc.

Muchos padres de familia se lamentan de la falta de recursos morales en la sociedad y de la carencia de ideales grandes en la vida de tantos chicos jóvenes. Pero la solución a tantos males como aquejan al mundo está, en gran medida, en la mano de esas familias: si se esfuerzan con verdadero afán misionero y apostólico en dar a sus hijos una buena educación cristiana, y procuran ensanchar su corazón con las obras de misericordia, creando en torno a sí un ambiente de sobriedad y de trabajo, entonces sembrarán en su alma ideales de santidad, y surgirán así quienes regeneren la sociedad de todos esos males.

Ayudando a los Adolescentes a Desarrollar una Fe Madura

(James K. Hampton)

El hilo común que pasa a través de todas las teorías del desarrollo de la fe es que la adolescencia es un tiempo cuando la fe probablemente será cuestionada. Sus recién descubiertas habilidades cognitivas (lo que psicológicamente la teoría de Jean Piaget llama "operaciones formales") y su necesidad de establecer independencia de sus padres puede resultar en algunas formas de cuestionamiento sobre el cristianismo. Esto no es un problema espiritual, sino, más aún, un fenómeno de desarrollo normal.

¿Cuál entonces es nuestra respuesta cuando los adolescentes cuestionan el cristianismo?

Si las teorías del desarrollo de la fe nos dicen algo, es que el proceso de cuestionamiento y duda es completamente normal. En realidad, puede ser una indicación de que el crecimiento cristiano está ocurriendo.

Necesitamos estar seguros de que estamos en paz con la validez del cristianismo. Si nosotros como líderes comunicamos ansiedad sobre las preguntas que los adolescentes están teniendo, podemos indicarles que no confiamos que nuestras creencias puedan permanecer de pie bajo el riguroso escrutinio. Pero si respondemos con apertura, podemos ayudarlos a descubrir que la duda es una parte normal del crecimiento como creyentes.

Debido a que la duda es una parte natural del desarrollo de la fe del adolescente y no es lo mismo que abandonar la fe, somos libres para permitir al adolescente cuestionar su fe.

Bíblicamente, la duda no es antiético a la fe, sino casi necesariamente corolario a ella. Esto es, por medio del proceso de la duda, la fe de una persona puede ser de hecho, fortalecida.

Entonces, si estamos **para ayudar a los adolescentes a desarrollar una fe cristiana madura**, hay **cinco cosas que debemos hacer por ellos**.

1.- Proveer un contexto donde las dudas puedan ser expresadas.

Si el mensaje dado es que un buen cristiano no debe tener dudas o que estamos incómodos con sus preguntas, ellos pueden sentirse con la necesidad de ir a otro lugar. Pero al aceptar sus preguntas, e incluso en ocasiones, alentarlos, podemos proveer un contexto saludable en las cuales sus preguntas pueden ser consideradas.

Aquellos que trabajan con adolescentes deben sentirse cómodos con su cristianismo y con las preguntas fuertes que los adolescentes probablemente surjan.

2.- Proveer algunas respuestas a sus preguntas.

Esto no significa que cuando un adolescente pregunte algo debemos rápidamente proveer la respuesta de manera que sus dudas puedan ser resueltas. Pero no significa que aquellos que trabajan con jóvenes deberían estar familiarizados con los temas básicos de apologética.

Cuando los adolescentes cuestionan la autoridad de las Escrituras o la existencia de Dios, es porque éstas son preguntas reales para ellos. Si los líderes no son capaces de proveer respuestas adecuadas, la lógica los forzará a concluir que no hay respuestas. Pero este tipo de preguntas han disminuido a través de las edades y hay una rica herencia de literatura que se ocupan de estos temas.

Un trabajador de jóvenes efectivo debería tener conocimientos básicos de este material de manera que pueda ayudar al adolescente a ocuparse de sus preguntas en una forma responsable intelectualmente.

Como una nota secundaria, permítanme agregar esto. Muchos trabajadores de jóvenes concluyen erróneamente que, si ellos aman a los chicos, y entienden el ministerio juvenil, eso es todo lo que necesitan. Mientras esto sea verdad hasta cierto punto, la realidad es que tú necesitas estar bien instruido en teología, filosofía, e historia de la iglesia. Tú no puedes solo dejar pasar esos cursos, pensando que no importan. Una vez que llegues al campo y comiences a trabajar con adolescentes, estarás asombrado de las preguntas que te van a hacer, buscándote para que des respuestas. Si tú no has hecho muchas de las mismas preguntas, y encontrado tus propias respuestas, será difícil ayudarlos a encontrar respuesta para ellos mismos.

Las respuestas que ofrecemos deben ser para mantener el desarrollo de los estudiantes. Las primeras preguntas del estudiante joven serán manejadas con respuestas simples relativamente. Pero las preguntas más difíciles de los estudiantes a las edades de final de secundaria y la universidad requerirán respuestas más elaboradas. Pero en cualquier caso, el adolescente necesita la seguridad de saber que otros han tenido las mismas preguntas y las respuestas satisfactorias que están disponibles.

3.- Proveer una verdadera experiencia cristiana para el adolescente.

Aunque la duda es un asunto intelectual, los adolescentes son muy orientados por la experiencia. Si ellos pueden *sentir* la verdad del cristianismo en su familia, iglesia y grupo de jóvenes, ellos tendrán una base que trascienda sus preguntas intelectuales. Una fe de primera mano, una que ellos hayan experimentado y no sólo por sus padres, es esencial. Esta es la razón de por qué los proyectos de misión y servicio son necesarios en un ministerio juvenil. También, debemos usar las cosas con las que están familiarizados para ayudarlos a entender el Evangelio. Cuando comenzamos con lo familiar, las cosas tangibles de la vida, entonces los estudiantes pueden dar el salto al mensaje del Evangelio.

4.- Ayudar a los adolescentes a aprender como integrar su fe a su vida diaria.

Muchos adolescentes tienen grandes dificultades para relacionar su vida espiritual con otras áreas importantes de su vida, como el hogar, la escuela, el trabajo, las relaciones, y la vida amorosa. Uno de nuestros principales trabajos es dar a nuestra gente la oportunidad de comprender como su fe pertenece a todas las áreas de su vida. No queremos que ellos terminen con una fe dividida en sectores.

5.- Ayudar a nuestros adolescentes a actuar en su interés natural espiritual.

Debido a que su desarrollo moral, intelectual y de fe, está en un estado de cambio constante, nosotros algunas veces suponemos erróneamente que no hay interés en las cosas espirituales. Esto es un error. Aunque haya mucha duda y aún inconsistencia en el estilo de vida, los adolescentes están muy interesados en la espiritualidad. Nuestra meta es facilitar el movimiento de una fe no-propia a una fe propia que está madurando en Cristo. De hecho, la razón por la que sigo en el ministerio de jóvenes es porque creo que cuando a los adolescentes se les da la forma correcta de oportunidad, ellos harán decisiones para toda la vida y el discipulado en una manera más fuerte que cualquier otro grupo de edad.

5.- ALGUNAS CUESTIONES PARA AYUDAR A REFLEXIONAR

- Si habéis leído sobre los Estilos Educativos en las familias, cómo nos identificamos, somos autoritarios, permisivos, democráticos, o la combinación de éstos. Explicar nuestra posición brevemente.
- ¿Nos surgen dudas sobre cómo estamos educando a nuestros hijos, en muchos casos, cerca de la adolescencia o ya en plena pubertad?
- Y la paciencia, ¿qué tal? ¿Nos ponen mucho a prueba? Y la comunicación con ellos ¿es fluida, nos sacan de quicio? ¿sabemos escuchar?
- ¿Funciona con nuestros hijos lo de poner límites o normas..., y lo de negociar ante una situación de conflicto?
- La adolescencia es una etapa clave en el desarrollo de su fe. El ambiente donde comienzan a moverse ejerce gran influencia en ellos, pero los padres tenemos una gran responsabilidad. En nuestra vida diaria, ¿transmitimos a nuestros hijos nuestra fe?, ¿cómo hablamos de Dios a nuestros hijos?, ¿cómo les formamos, hacemos catequesis familiar?
- Qué nos ha parecido el artículo de M^a Carmen Montoso, *Los hijos y la vida de fe*, donde comenta que la fe nos la da Dios como don gratuito, los padres deben rezar por sus hijos, motivarles para que por iniciativa propia relacionen su vida cotidiana con Dios, y hacerles entender que todos somos hijos de Dios, al que hemos de tratarle como a un Padre que siempre está dispuesto a escucharnos, aunque a veces no lo entendamos.
- Ante las dudas de fe de nuestros hijos, ¿somos capaces de ayudarles dándoles respuestas adecuadas y coherentes con nuestra forma de vivir la fe, y hacerles ver que esas preguntas que ellos se están haciendo nosotros también nos las hicimos cuando fuimos jóvenes?